

El homo zapping y el principito

Educación en la interioridad a nuestros jóvenes

Antonio González Paz

DIÁLOGO SM AÑO XXXV N° 362 19 de marzo de 2007

*Los hombres ya no tienen tiempo
para conocer las cosas.
El Principito*

EL SABOR DE LAS PALABRAS

Me gusta saborear, pronunciar, jugar con las palabras. Al pronunciarlas tenemos la oportunidad de paladear su origen, muchas veces milenario, su contenido semántico, su ductibilidad para ir incorporando nuevas acepciones como respuesta a las cambiantes situaciones que exigen un vocabulario distinto. Gracias a ellas los hombres podemos comunicarnos las propias vivencias y los sentimientos que aletean en nuestro corazón. Detrás de cada una de ellas late el deseo humano de decirse al otro, de entrar en comunión con él.

Deberíamos acercarnos a cada palabra como Moisés a la zarza, con los pies descalzos y velado el rostro, sobrecogidos por el misterio que ocultan y a la vez desvelan. Probablemente sólo así podremos degustar su sabor irrepetible, sabor que se pierden los que las usan sin detenerse, los que más que paladearlas las pisotean.

Antes de entrar en materia me gustaría compartir el eco de tres palabras que voy a utilizar en estas reflexiones: introversión, extroversión, introspección.

ACLARA TERMINUS!

En los debates teológicos de la Edad Media era práctica habitual comenzar las sesiones precisando el contenido semántico de las palabras que se iban a utilizar. La costumbre propiciaba la precisión y el rigor en el diálogo. Voy a recuperar esa vieja tradición.

La palabra extroversión viene del latín extra-versus y designaba a una persona vertida, volcada, inclinada a estar fuera de sí. De ahí deriva la acepción empleada para designar el comportamiento de un individuo abierto al mundo exterior, que es locuaz, comunicativo, sociable y tiende a manifestar sus sentimientos.

Esta acepción de la palabra tiene una carga positiva. Supone que la persona extrovertida está abierta al mundo exterior y no encerrada en su propia concha. De esa actitud vital brota el deseo de comunicar a otros lo que vive y siente. Lógicamente suelen ser personas con notables habilidades sociales para relacionarse, vivir en grupo, trabajar en equipo, crear un clima cordial.

Si la extroversión no brota de la introspección y de la introversión se corre el riesgo de ser una persona divertida pero sin miga. Su comunicación puede degenerar en una algarabía sin contenido, como la de los pájaros, que acaba cansando al interlocutor precisamente por su falta de sustancia.

La palabra introversión viene del latín intra-versus y describe a la persona que vive vertida, orientada, volcada hacia dentro. El introvertido tiene tendencia a concentrarse en su propio mundo interior y a no exteriorizarlo. Suele ser poco comunicativo y sociable precisamente por su excesiva atención a lo que ocurre dentro de sí.

El aspecto positivo de los introvertidos es su preocupación por estar pendiente de lo que va ocurriendo dentro de sí y por interiorizar lo que va viviendo. Suelen ser menos comunicativos y sociables que los extrovertidos.

La palabra introspección, del latín intra-spicere, describe la actividad del que mira, contempla lo que ocurre dentro de sí mismo, es decir, es la observación de la propia conciencia o de los propios pensamientos. A este comportamiento lo llamaba Ortega ensimismamiento ya que permite tomar conciencia de que uno es un yo frente al mundo, frente a los otros, frente a Dios.

Este paseo por el diccionario nos permite concluir, provisionalmente, que educar en la interioridad es ayudar a los chicos a ir progresivamente conociendo, valorando y practicando la introspección y a manifestar su mundo interior cuando se juzgue oportuno (extraversión) y a guardarlo para sí cuando no parezca conveniente (introversión).

LA INTROSPECCIÓN CUESTIONADA

El deseo de educar en la interioridad tropieza con la cultura dominante en la que vivimos y de la que, nos guste o no, todos participamos en una o en otra medida. Aunque la postmodernidad tiene muchos logros y aspectos positivos hay otros que no lo son tantos y que han favorecido el nacimiento de lo que me gusta denominar como el hombre zapping.

La invención del mando a distancia, introducido de forma generalizada en la década de los ochenta, posibilitó la práctica del zapping, -del inglés golpear, disparar rápidamente, ametrallar-, que evoca, en buena parte el comportamiento de nuestros contemporáneos ante el televisor.

El Homo sapiens zapping podría considerarse como una subespecie que se caracteriza por la avidez de sensaciones, imágenes, experiencias nuevas, conseguidas sin ningún esfuerzo personal. Del mismo modo y con la misma comodidad que apretando un botón se cambia de canal los jóvenes de hoy pueden pasar de una sesión de catequesis a un botellón sin interiorizar ninguna de las dos actividades.

Esta avidez se traduce en un interés por nada y por todo. Desea abarcarlo todo sin que nada se le escape. Intentando poseer todo al mismo tiempo, salta de rama en rama, guiado por el deseo o el mero capricho, sin molestarse en procurar contemplar las cosas y los hechos desde dentro. Esta bulimia insaciable de novedades pone de manifiesto una profunda dispersión.

Este mariposeo intelectual, con muchas imágenes y poca consistencia, con excesiva información y poca profundidad, favorece la falta de un centro de interés profundo que dirija y articule la vida. Pone de manifiesto el talante vital vaporoso y caótico del que lo practica. El brujuleo por internet es un buen ejemplo de esa falta de peso, -pondus en latín-, de una generación liviana y poco ponderada.

El Homo zapping navega mentalmente tumbado metafóricamente en una butaca con un mando a distancia en al mano. Hijo de la ley del mínimo esfuerzo, mata el tiempo sin saborearlo, lo consume sin paladearlo. Deja pasar la vida por la pantalla de la existencia sin molestarse en extraerle el jugo que la vitaliza. Vive divertido sin guardar en el corazón el poso de lo vivido.

El Homo zapping utiliza el mando a distancia como un narcótico o un sedante. Huyendo de las grandes preguntas que plantea la existencia se engancha a cualquier canal que le distraiga, antes de irse a la cama y ahogar en el sueño toda pasión, toda inquietud.

Algunos de los rasgos del Homo zapping aparecen encarnados en tres de los personajes que el Principito encontró en su viaje interplanetario.

El bebedor era un consumidor insaciable. Cabría pensar que carecía de intestinos, por lo que era incapaz de asimilar lo que ingería. Su apetito insaciable no lo acallaba el continuo consumo. Más bien le provocaba un hambre voraz que le impulsaba a reiniciar el ciclo de nuevo. Su comportamiento evidenciaba el vacío interior que pretendía llenar con nuevas cosas.

El empresario era un trabajador compulsivo. Vivía para trabajar con el objetivo de tener siempre más. Pretendía ahogar sus carencias en el ser acumulando unas riquezas que le daban una falsa seguridad.

El geógrafo lo leía todo, lo investigaba todo, sin salir de su despacho. Prefería la distancia a dejarse tocar por la vida. Su corazón apergaminado huía del riesgo y la aventura incapacitándole para descubrir personalmente nada nuevo. Brujuleaba por el universo sin hacerlo suyo.

El Principito, que era introspectivo, que le gustaba vivir desde dentro, acabó diciendo de los tres: *son muy, pero muy extraños*. Después de una conversación con cada uno de ellos abandonó rápidamente sus planetas. El había emprendido un largo viaje interior buscando establecer unas relaciones profundas y ninguno de ellos tenía nada que aportarle. *Se fue muy triste* huyendo de tanto vacío existencial. Más tarde, comentando la experiencia comentará de uno de ellos: *Nunca ha oído una flor. Nunca ha contemplado una estrella. Nunca ha querido a nadie. No ha hecho en la vida más que calcular. En realidad no es un hombre sino una seta*. De muchos postmodernos se podrían decir cosas parecidas. Aunque hayan olisqueado miles de flores, mirado centenares de estrellas, establecido muchas relaciones, pocas de esas experiencias le han tocado el centro de la vida.

Ante la proliferación del Homo zapping podemos sentirnos tan desconcertados como el P: Chaminade al volver del exilio a su país y encontrarse con el nuevo tipo de hombre nacido al abrigo de la Revolución Francesa:

¡Estamos en un mundo tan nuevo! Estoy en Francia como en tierra extraña. Casi no sé que decir o que hacer. Me encuentro a la espera de que los acontecimientos se me presenten, más que adelantarme a los acontecimientos. No tengo más política que acudir a la Santísima Virgen.

Sin dejarse desconcertar por la constatación de la realidad, ni amilanar por el desafío contracultural con el que nos encontramos hay que seguir intentando educar en la interioridad, convencidos, como Chaminade, de que *lo esencial es lo interior*.

Educar a nuestros jóvenes en la interioridad supone ofrecerles frente a la cultura de la dispersión la de la interiorización, frente a la comodidad la del esfuerzo, frente a la de la dispersión la de la concentración, frente a la de la bulimia la de la austeridad, frente a la de la huida la de el afrontar el sentido de la vida. El esfuerzo educativo es grande, pero vale la pena. Quizás lo nuestro sea convertirnos en caballeros andantes en los campos yermos de la postmodernidad.

A la hora de meternos en faena podemos tomar como paradigma al Principito. El, a pesar de sus escasos años, era un chavalito con una gran capacidad introspectiva que le permitía cultivar con provecho un rico mundo interior.

UNAS PALABRAS SOBRE LA INTERIORIDAD

Antes de contemplar el paradigma del Principito es preciso matizar que entendemos por interioridad. Podríamos describirla como la capacidad de reflexionar y guardar en el corazón lo que vamos viviendo y experimentando (introspección) y de ponerla de manifiesto en una forma de ser y estar que nos hace sensibles y receptivos a los valores de la vida. Gracias a ella los hechos y acontecimientos no solo pasan (exterioridad) sino que nos pasan (afectan) y nos traspasan (dejan huella) impidiendo que pasemos por la vida sin vivirla.

Junto a esta concepción secular de la interioridad cabe pensar en una con perfil cristiano que supone la anterior y, en cierto modo, la supera. Unos versículos del Sermón del Monte, como sugiere Dolores Aleixandre, pueden ayudarnos. Decía Jesús:

Quando oréis, no seáis como los hipócritas, porque les gusta plantarse de pie para orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para hacerse ver por las gentes: os digo de verdad que han conseguido su recompensa. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, cerrando la puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido. Y tu Padre, que mira en lo escondido, te lo pagará.

Mt 6, 5-6

Jesús en este texto, contrapone dos tipos de personas:

- El Homo zapping, hipócrita en el sentido etimológico de poco-escondido, que es pura exterioridad y se planta retadoramente tanto en la vida (plaza) como en la Iglesia (sinagoga) buscando ser protagonista y actor de su propio premio al sentirse reconocido por los demás.
- El hombre interior, hipócrita en el sentido etimológico de muy-escondido, que busca el centro oculto (las entrañas, las vísceras, el corazón en sentido bíblico), mediante un movimiento de lo exterior (plaza) a lo interior (aposento) y una decisión (cerrar la puerta). Viviendo desde dentro puede ir contrastando su existencia con el Señor y abordar la vida desde lo que da verdaderamente identidad y consistencia: el ser hijo de Dios.

La interioridad concebida secular o cristianamente, en cuanto capacidad, puede ser innata o adquirida, pero en cualquier caso es posible desarrollarla mediante el conveniente ejercicio y disciplina. Por el contrario, si no se ejercita se atrofia y puede llegar a perderse, convirtiéndose la persona en un Homo zapping. Con ellos se impone una terapia intensiva o una rehabilitación, según la gravedad de la situación, si queremos evitar que degeneren en un bebedor, un empresario o un geógrafo. La labor educativa en este campo con nuestros jóvenes es ayudarles a descubrir y potenciar el Principito que llevan en el corazón.

EL PARADIGMA DEL PRINCIPITO

Antoine de Saint-Exupéry nos ha dejado en su semblanza del Principito numerosos datos, un tanto dispersos a lo largo de su libro, para hacernos creer que el Principito era un chaval de una profunda vida interior a pesar de su corta edad. Vamos a ir espigando algunos de sus comportamientos y actitudes que lo ponen de manifiesto:

- El Principito conocía a fondo su propio planeta

Educar en la interioridad pasa por ayudar a los jóvenes a conocerse personalmente, a poner nombre a lo que van viviendo, aceptando con sencillez las propias capacidades y limitaciones. La mayoría de las veces bastará ofrecerle un espejo donde mirarse para corregir la visión distorsionada que pueda tener sobre si mismo.

Un ejercicio que se puede hacer es pedirle que se identifique con algún de los objetos que haya en al habitación y decirle que explique el motivo de su elección.

- El Principito preguntaba constantemente y no se contentaba hasta encontrar una respuesta convincente.

Educar en la interioridad supone plantear a los jóvenes esas preguntas de sentido de las que huye sistemáticamente el Homo zapping y acompañarle en la búsqueda de respuestas sin evitarle el esfuerzo necesario.

Un ejercicio que se puede hacer es plantearle si piensa que la carrera o la opción vital tomada va ayudarle a ser feliz y cómo.

- El Principito miraba las cosas con el corazón.

Educar en la interioridad supone potenciar ese tipo de mirada que no se queda en la sobrehaz de las cosas sino que taladra la existencia permitiendo la introspección y el análisis de lo que se va viviendo. Solo así las experiencias dejaran poso y no serán una estrella más en su colección de geógrafo aficionado.

Un ejercicio que conviene hacer es evaluar con él toda actividad nueva que realice, y periódicamente las habituales, de forma que se acostumbre a reflexionar sobre todo lo que va viviendo.

- El Principito valoraba las personas y las cosa por lo que eran y nunca por lo que hacían o costaban.

Educar en la interioridad supone enseñar a acercarse a la vida con todo el ser, implicándose a fondo en la relación personal. Si los jóvenes establecen sus

relaciones de epidermis a epidermis o de corazón a corazón difícilmente sus amistades estarán fundadas sobre el yo profundo.

Un ejercicio que se puede hacer es ir desmontando con él una matruska, haciéndole caer en la cuenta de los diversos niveles sobre los que se puede establecer una relación.

- **El Principito distinguía con precisión los brotes de baobabs de los de los rosales, con los que, cuando acaban de brotar, es fácil confundirlos.**

Educación en la interioridad es potenciar en los jóvenes la capacidad de discernir lo que le ayuda a crecer como hombre y como cristiano, independientemente de las modas impuestas o del comportamiento de los demás.

Un ejercicio que se puede hacer es analizar con él si tal amistad o conducta le ayuda o no a madurar.

- **El Principito se extasiaba ante una puesta de sol.**

Educación en la interioridad supone también despertar la sensibilidad ante lo bello sin quedarse en el puro goce estético sino trascendiéndolo.

Un ejercicio que se puede hacer es invitarle a madrugar un día para contemplar el amanecer.

- **El Principito era capaz de llorar en público**

Educación en la interioridad es ayudar a los jóvenes a poner nombre a sus propios sentimientos, sin culpabilizarse por lo que experimentan, y también a expresarlos o no según en cada ocasión se juzgue oportuno.

Un ejercicio que se puede hacer es pedirle que ponga nombre a los sentimientos que despiertan en él determinadas personas o circunstancias.

- **El Principito amaba profundamente a su rosa.**

Educación en la interioridad es ayudar a distinguir el amor de la pura atracción física o sexual o del tirón afectivo, y enseñarle a manifestarlo en la gratuidad y el servicio.

Un ejercicio que se puede hacer es pedirle que haga una lista de las cosas que ha hecho ese día por una persona querida.

- **El Principito era capaz de permanecer largos ratos en silencio.**

Educación en la interioridad es ayudar a descubrir, amar y practicar el silencio. En un mundo tan ruidoso como el nuestro sólo el silencio es capaz de recrear espacios verdes donde la interioridad sea posible.

Un ejercicio que se puede hacer es pedirle al joven que permanezca un buen rato escuchando los ruidos que sólo el silencio permite oír.

- **El Principito se dejó embrujar por el zorro.**

Educación en la interioridad supone enseñar a dedicar gratuitamente tiempo a lo que uno ama. Si el Principito llegó a ser embrujado por el zorro fue porque, gracias a los ratos que pasaron juntos, llegaron a convertirse en amigos. Algo así ocurre con la interioridad.

Una actividad que se puede hacer es regalar al joven un bonsái y pedirle que lo cuide. Lo que hace diariamente para que la planta viva es lo que debe hacer habitualmente con su vida interior.

- **El principito vivía con la nariz pegada a los cristales de la vida dejándose interpelar por ella.**

Educación en la interioridad supone invitar a vivir asomado a los cristales de la vida para poder contemplarla, interiorizarla, contrastarla. Sólo así se podrá ir asumiendo un compromiso que brote desde dentro como respuesta personal a los desafíos que nos plantea. Como ejercicio se puede pedir al formando que colabore en una ONG y vaya tomando conciencia de lo que allí vive y aprende.

- **El Principito no tomaba píldoras para ahorrar tiempo.**

Educación en la interioridad supone ayudar al joven a llevar una vida intensa pero sosegada, que, huyendo de las prisas y de la eficacia, le permita disfrutar de las cosas.

Como ejercicio se puede pedir al chico que dé periódicos paseos por la ciudad o el campo con los cinco sentidos siempre despiertos.

- **El Principito era capaz de descubrir en el agua del pozo un signo de amor.**

Educación en la interioridad supone abrir la mirada del joven al lenguaje sacramental y de los signos y enseñarle a expresarse con ellos.

Como ejercicio periódicamente se pedirá al chico que exprese lo que está viviendo o sintiendo con signos creados por él

Todas estas cosas hay que vivirlas, como el Principito, con disciplina. *Es cuestión de disciplina*, le gustaba repetir cuando cada mañana deshollinaba los volcanes, incluso los apagados, y arrancaba pacientemente los brotes de baobabs. Pretender que la interioridad, como toda manifestación de la vida, se desarrolle por impulsos y no progresivamente es olvidar una lección elemental de biología.

Cuidando pacientemente su vida interior, dedicándole generosamente tiempo, contrastando con otros sus descubrimientos, toda persona podrá descubrir con asombro que vale la pena vivir desde dentro. En un mundo, con frecuencia, hastiado, cansado y aburrido tendrá la oportunidad de disfrutar cada día de lo siempre distinto.

Antonio González Paz